

ENTREGA DE LAS MEDALLAS DE MADRID

Palacio de Cibeles, viernes 15 de mayo de 2015

La Real Academia Española es vecina de la villa de Madrid desde hace trescientos dos años. Comenzó residiendo en el palacio de su fundador, el Marqués de Villena, en la plaza de las Descalzas Reales, frente al Monasterio de San Martín, y luego brevemente recaló en la casa del decano, don Juan Curiel, en la calle de la Sartén, hoy Las Navas de Tolosa, no muy lejos de su primer enclave. Más adelante, el rey Fernando VI se la lleva a la Casa del Tesoro, aneja al Palacio Real, y en 1793 la Academia se muda al antiguo Estanco del Aguardiente, en la calle de Valverde, frente a las Madres Mercedarias de D. Juan de Alarcón. Justo cien años después de esta fecha estrenará su sede actual, en la finca situada entre Felipe IV y la que se denomina, precisamente, calle Academia.

Por ubicación y por el asunto y misión que la Real Academia hizo suyos desde sus comienzos, es en cierto modo casa de todos los madrileños, pero también de todos los españoles. Don Luis Salazar y Castro, el primer detractor de la Academia, que los tuvo y los tiene, madrugaba en 1714 en denunciar que difícilmente podía cuidar de nuestra lengua común académicos nacidos fuera de la Villa y Corte, gallegos, maragatos, andaluces, extremeños o, incluso, italianos como ya los había entre los fundadores, pues para él de lo que se trataba era de promover – si no imponer– desde el centro del país la norma cortesana madrileña. “La propiedad del idioma de cada país –argumentaba el bueno de don Luis– estuvo siempre vinculada a su Corte y por eso se ordena en las Partidas que, si hubiese duda en el sentido de alguna voz, se comunique con hombres de Toledo, porque en su tiempo era Toledo la Corte”. Por suerte no fue así, y en su tarea, simbolizada por el emblema de un crisol y resumida en el famoso tricolon de *limpia, fija y da esplendor*, la Real Academia Española siempre hizo honor a lo que pasados los siglos, y en muy comprometidas circunstancias, uno de sus miembros, el poeta Antonio Machado, enalteció de Madrid al definirla como rompeolas de todas las Españas.

Pero a la vez, en cuanto que en Felipe IV número cuatro reside asimismo la sede de la Asociación de Academias de la Lengua Española, ASALE, Madrid viene a ser enseñada o fondeadero para nuestros hermanos de lengua de tres continentes cuando cruzan los océanos. Efectivamente, son veinte academias hispanoamericanas las que tienen aquí su casa, junto a la de Filipinas, y desde este mismo año lo mismo cabrá decir de la nueva Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española. Si los comienzos madrileños de la RAE fueron modestos, con la fecunda humildad de una semilla que da de sí un árbol centenario bajo cuya sombra se cobija toda una vasta comunidad lingüística, hoy podemos decir con justeza que desde Madrid se atiende a la unidad y

la autoestima del español de todo el mundo en un esfuerzo nunca acabado, y mantenido, codo con codo, con las otras Academias.

Estamos seguros de que no por la mera asiduidad en el vecindario sino por este último motivo, la dedicación a la causa de la unidad de nuestra lengua global, abierta y fuerte, el pueblo de Madrid ha concedido su medalla de oro a la Real Academia Española por acuerdo de sus más genuinos representantes democráticos. En tal confianza agradecemos de corazón este reconocimiento que tanto nos honra y que viene a representar el mejor colofón de nuestro tricentenario. Gracias mil.

DARÍO VILLANUEVA

Director de la RAE